

LAS LÁGRIMAS DEL ÁNGEL

Ana y Cristina eran dos hermanas, nacidas en el interior, que rondaban los 6 y 8 años.

Ana, de carácter cariñoso, inquieta, curiosa, su pelo era oscuro como la noche y sus ojos claros como el mar.

Cris, totalmente diferente, de carácter tranquilo, cariñosa y algo distante, sus ojos eran de color miel y su pelo, como el de Ana, negro como la noche.

Sus padres, desde pequeñas, las llevaban a veranear a la costa, ya que el padre de las niñas era un enamorado del mar.

Les daba mil paseos por la arena contándoles mil historias sobre lo que para él significaba el mar.

Las sentaba en la orilla, les enseñaba las conchas caracolas para que jugasen con ellas y mientras, les decía el sentido de todo lo que la vista le alcanzaba; cada cosa que encontraba en la playa, para él era una historia nueva.

Ellas, claro, no podían entender todo, pero aun así, su padre intentaba avivar en ellas el amor que sentía por el mar.

Cada día les costaba más trabajo a las niñas dejar sus paseos y volver a casa.

Las explicaciones de su padre les encantaban, en ese entonces aún eran pequeñas, pero ya empezaban a hacer preguntas.

Ana un día le preguntó: Papá ¿qué es el mar? ¿De donde viene tanta agua? Su padre le contestó: Son lágrimas de ángeles que las acumulan en esta gran bañera que parece que va a rebosar, pero que al llegar al filo se detiene y retrocede.

Ana, alegre, agarraba a su hermana de la mano y le decía:

Cris, corramos a la orilla, mojemos los pies en las lágrimas de los ángeles, y Cris, arrastrada por su hermana, mojaba sus pies,

pero al ver llegar la ola corría hacia atrás. Ana reía y le decía: Cris, Cris, mira, son saladas las lágrimas.

Luego se sentaba en la arena a la vera de su hermana y de su padre y miraba fija como rompían las olas en la roca.

Su padre les decía: Ya es la hora de irnos, y las niñas recogían sus cubos llenos de conchas y de piedrecillas de colores.

Ana se llevaba toda la tarde dibujando todo lo que había visto en la playa, mientras su hermana dormía plácidamente.

Al llegar el siguiente día, volvía su padre a llevarlas al mismo sitio, donde se ponían a hacer castillos de arena y a recoger sus conchas, mientras su padre les decía: ¡Cris! ¡Ana! mirad esa caracola, cogedla y escuchar...

Las niñas, para llegar al sitio donde se encontraba, hicieron carrera. Al llegar junto a la caracola, se sentaron cansadas en la orilla y empezaron a chapotear sus pies dentro del agua.

Con la caracola ya en sus manitas la acercaban a sus oídos y volvieron sus caritas hacia donde su padre estaba sentado.

Le gritaron: Papá ¿por qué las caracolas tiene voz? Su padre las sonrió y las llamó junto a él. Dijo: Cris dame para escucharlas.

Se llevó un rato con los ojos cerrados escuchando el sonido y luego, mirándolas, dijo a sus dos hijas: Ana, Cris, las caracolas guardan dentro, los cantos de las sirenas que viven debajo de las aguas, son hijas de los dioses del Olimpo. Ellas no entendían nada le miraron sorprendidas y le preguntaron, pero... ¿el mar tiene hijas? Él volvió a mirar a su hija Ana y le dijo: Sí Ana, es difícil de entender, pero el mar y el cielo se enamoraron y tuvieron sus hijos, unos viven en el mar y otros en el cielo.

Cris, la menor, que casi no sabía qué pasaba dijo espontánea: Hermana, ¿los peces se meten dentro de las caracolas?

Ana se rió a carcajadas y le dijo: No Cris, no son peces, dice papi que son voces y cantos de sirenas, niñas como nosotras que viven debajo de las lágrimas saladas.

Como cada día, después de su baño, recogían sus cosas y volvían a casa.

Ese día, más extrañadas que cualquier otro, entraron corriendo.
¡Mami, mami! dijo Cris alterada.

Cris, tranquila, respira, respondió su madre desde la cocina.

¿Sabes que el mar tiene voz?

Su madre la cogió en brazos y le dijo a Ana: ¿qué está diciendo tu hermana?

Ana suspiró y dijo, mirando con cara de tristeza a su padre, al ver que Cris no había entendido nada de lo que su padre les había explicado:

Mami, papá nos dijo que las caracolas guardan cantos de las sirenas ¿verdad papi? El padre le sonrió y dijo sí, sí yo se lo conté.

Ese día, como de costumbre, comieron juntos. Su padre se fue al sofá a leer y su madre a regar las plantas del jardín. Cris, la pequeña, dormía y Ana empezó a pintar la playa, el agua y las caracolas mágicas como ella les decía, pero Ana ese día pintó algo que su padre no les había enseñado.

Pintó las rocas del acantilado y una muchacha sentada en ellas, el rostro no se le veía, sólo su hermoso pelo que caía sobre la túnica que guardaba su cuerpo.

Ana fue a contarle a su padre los colores que podía usar para colorear su playa.

El padre se quedó confuso y le preguntó:

Mi niña ¿quién es ella? La chiquilla le contestó tan normal:

Cris dice que es el ángel que llora sentado en las rocas para llenar la bañera y podemos mojar los pies en ella.

El padre rió y no le tomó la mayor importancia.

Al otro día, antes de lo acostumbrado, las niñas se levantaron corriendo; su madre no tuvo ni que llamarlas. ¡Papá, Papá! gritaron, levántate ya, el sol está fuera y el mar y las sirenas nos esperan. El padre, con la almohada en la cabeza, les decía: niñas que es temprano y el sol está aún dormido, no calienta la gran bañera.

Anda, porfa, que nos está llamando, dijeron las pequeñas, repitieron angustiadas: el ángel nos llama.

El padre reía y reía mientras ellas se metían en la cama para hacerle levantar.

La madre, al escuchar tal alboroto, se asoma a la puerta del cuarto y preguntó ¿qué pasa aquí? ¡Niñas, Ana, Cris, dejad que papá descanse!

Mami, dijo Cris, ven hoy con nosotras y escucha como las sirenas cantan y como los ángeles bajan y llenan la bañera.

Los padres soltaron una carcajada y dijo la madre: Cris, cariño, los ángeles no bajan a llorar, lo hacen desde el cielo.

La niña se enfadó, salió del cuarto hacia la cocina y se sentó a esperar con el ceño encogido que los demás bajaran.

Ana llegó la primera, tan viva y alegre como siempre, diciéndole a Cris en voz bajita:

No le digas más nuestro secreto.

Cris, protestó Ana, sí, es verdad, tú lo viste llorar.

Sí, sí dijo Ana, pero si lo descubrimos no bajarán más.

Al llegar sus padres a la cocina se callaron la boca y sus padres se dieron cuenta y preguntaron:

Cris, Ana ¿qué tramáis?

Nada, contestaron las niñas, a la vez que el padre arqueaba una ceja y las miraba fijamente.

Las niñas salieron corriendo mientras decían: Papi, nos ponemos los bañadores ya estamos listas. Con sus cubos y palas se apoyaron en el marco de la puerta.

Entraron de nuevo en la cocina tirando de la mano de su padre que se puso de pie. Las niñas, de nuevo, miraron a su madre que recogía la mesa y le preguntaron: Mami ¿vienes? Ella les dijo: no cielo, los ángeles sólo esperan a niñas tan lindas como vosotras.

Las niñas corrieron para abrazarla y besarla y al oído le dijeron: ¡Oh mami!, te queremos.

Anda, anda, les dijo la madre dándoles un suave empujoncito, que papá se arrepentirá y os dejará sin el baño y sin vuestro paseo. Llegaron a la playa y como de costumbre se sentaron para hacer figuras de arena.

Mientras su padre leía Ana corrió a la orilla y llamó a su hermana: ¡Cris, Cris! Ven, las lágrimas de los ángeles hoy están calentitas. Cris se acercó lentamente al agua, le daba miedo, miró a sus pies y dijo:

Ana ¿por qué la arena se escapa de las manos?

Ana cogió a su hermana de la mano, fueron al lado de su padre y le preguntó:

Papá, Cris quiere saber por qué la arena no se puede aguantar entre las manos.

Su padre les invitó a coger un puñadito cada una y les dijo: ¿veis como es de fina, que se resbala entre los dedos? Pues así son los cabellos de los ángeles, nadie puede acariciarlos.

Ana y Cris volvieron su vista hacia la roca y se miraron entre sí y rieron. Su padre les preguntó que por qué miraban tanto y sonreían al mirar hacia las rocas.

Las pequeñas no sabían qué decirle y salieron corriendo hacia la orilla y gritaron:

Por nada papi, por nada, mientras las olas o lágrimas de los ángeles, como ellas decían, mojaban sus piesecitos.

Ese día, al llegar la hora de volver a casa, Ana cogió un puñado de arena y lo metió en su cubo. Mientras, no dejaba de mirar hacia la roca.

Creía que su padre no se daba cuenta pero no fue así. Su padre dijo:

Ana ¿por qué sigues sonriendo al mirar a las rocas?

Me gusta ese sitio, papá, contestó.

¿Sólo por eso? dijo su padre.

Y Cris, al ser más pequeña dijo: no, no, papi, Ana miente, es que el ángel ha soltado su pelo y Ana ¿ves? se lleva un poco de su cabello en el cubo, para que mamá vea que es cierto y no se ría.

¡Ah! muy bien, contestó su padre, pues vestíos que es la hora de irnos.

El padre miraba hacia el sitio donde lo hacía su hija y no lograba ver a nadie.

Al llegar a casa las niñas llamaron a su madre: imami, mami! ven y mira lo que hemos traído, para que veas que el ángel que llora va a la playa.

La madre miró el cubo y dijo:

Ana, Cris, sólo es arena.

Sí, sí, es el cabello del ángel que llora en la playa, respondieron.

Como cada tarde, Cris se quedó dormida viendo lo que Ana pintaba, que era lo que cada mañana hacían, y de nuevo volvió a pintar la figura de una mujer sentada en las rocas, a la que sólo se le distinguía su pelo rubio y largo hasta la cintura y vestida de blanco.

Ese día al llevar Ana el dibujo a su padre para que le dijera qué colores usar, este se quedó mirando, pero no preguntó quién era esa mujer.

Miró a su hija y pensó que sólo era la imaginación de la pequeña por las historias que él le contaba.

Al día siguiente, el padre vio que las niñas no se levantaban como cada día para despertarle. Eso le extrañó, pero pensó que estarían ya en la cocina desayunando, y que la madre no les había dejado subir a despertarle.

Al llegar a la cocina preguntó a su mujer por las niñas. Ella se dio la vuelta y dijo:

¡Ah! ¿Pero no estaban contigo?

No, dijo él. Hoy no me han despertado.

Los dos se extrañaron, subieron al cuarto de las niñas y las encontraron arropadas y dormidas profundamente. El padre les abrió la ventana y las llamó: ¡Cris! ¡Ana!, el sol está fuera, ya caliente, levantaos, ¿no queréis ir a bañaros?

Las niñas se entrelazaron las manos al cuello de su padre y le dijeron:

Papi, el ángel esta noche nos dijo que no estará en la playa, que tenía trabajo. ¡Jolín!, no será lo mismo si él no está ya.

El padre, enfadado, pues era difícil de creer que, según sus hijas, el ángel les avisara, les dijo:

Venga, dejaos de tonterías y levantaos. Hay un día genial.

Y ¿vamos a coger caracolas papi?

Venga, dijo él, y sin protestar fueron a la cocina a desayunar y se pusieron los bañadores con más desgana de lo habitual.

Su padre para animarlas les dijo:

Venga, cojamos los cubos. Hoy iremos a las rocas a coger renacuajos y veréis lo divertido que es verlos nadar en los charquitos. Además hoy tenemos una invitada, mamá viene con nosotros.

Eso hizo que las niñas se animaran a ir a la playa.

Al llegar, las niñas dejaron sus cosas en la arena y explicaron a su madre todo lo que su padre, en forma de historia, les contaba sobre el mar y lo que de él se obtenía. La madre hacía como que se sorprendía en cada detalle contado, pero Ana y Cris sólo tenían ojos para la roca.

El padre les dijo:

Anda, mientras mamá toma el sol, nosotros vamos a coger los renacuajos que os dije, que nadan entre los charquitos de las rocas.

El padre quería ver la reacción de las niñas al llegar a las rocas y si, en verdad, existía ella. Caminaron hacia las rocas y las niñas, como si nunca hubieran visto a la joven, reían, hablaban y hacían todo lo que el padre les decía con la camaronera en la mano; de charco en charco corrían detrás de los renacuajos.

El padre, por mucho que miraba, no veía la figura que su hija Ana pintaba cada día después de su paseo. Se puso de pie y dijo: ¡Ana, hija! ¿Dónde se sienta ella?

La niña le dijo: Papá no es ella, es un ángel. Te dije que no bajaría. Está ocupada. Anoche nos llamó para decirnos de su ausencia.

Y, sin más explicaciones, siguieron con la camaronera y llenando su cubo de renacuajos.

La madre llamó al padre: ¡Andrés, Andrés! es la hora de regresar.

El padre levantó la mano como diciendo que ya iban.

Como cada día, al regresar, Ana pintó cada cosa que había ocurrido en la playa menos la figura de la joven.

Ese verano pasó tan deprisa, que casi no se dieron cuenta. Se acercaba la hora de irse. Las niñas decían: ¡Papi una semana más! Porfa, Cris, dijo su madre, el verano acabó y tenemos que volver a casa. El cole empieza, vuestras amigas os esperan y papá empieza a trabajar.

¡Jo! protestaron las niñas, no es justo, esta también es nuestra casa, quedémonos.

¡Ana, Cris!, dijo su padre: Por favor, comportaos, ya no sois niñas pequeñas.

¡Papá! Déjanos ir por última vez a la playa, ella estará esperándonos, sólo queremos decirle adiós.

No, pequeñas, dijo el padre, no da tiempo.

Él, lo que en realidad quería era poder ver a esa mujer desde el camino de la carretera. Si ellas se despedían a solas, ya él no podría ver la chica de los dibujos.

Sólo es un segundo, protestaron de nuevo

El padre dijo a Ana, que era la que más insistía:

Desde el coche le dices adiós; así mamá y yo nos despedimos también y ibasta ya de esta conversación!

Se montaron en el coche mientras sus padres cargaban las maletas y dejaban las ventanas y las puertas bien cerradas.

Emprendieron la marcha. En los ojos de las niñas se notaba la tristeza.

Al divisar desde la ventanilla del coche la playa, Ana y Cris bajaron los cristales. El sol ese día iluminaba más que nunca. Al ver el cuerpo de la joven sentado en las rocas, mojando sus pies y el filo de su vestido, las niñas suspiraron y a la vez gritaron: ¡Ángel!, el próximo verano volveremos, ¡espéranos, por favor!

Su padre, al escuchar los gritos angustiosos de sus hijas, aminoró la velocidad del coche, pero no llegó a ver a nadie en la roca.

¡Adiós!, ¡adiós!, dijeron una y otra vez las dos pequeñas.

El Ángel hizo girar su cuerpo y sus ojos se clavaron en los de las dos pequeñas. Ellas era la primera vez que contemplaban su

belleza y se quedaron sin palabras; sólo se miraron y se dijeron con las lágrimas corriendo por sus mejillas:

Es preciosa ¿verdad papá?

Los padres de las niñas miraron a las rocas y no llegaron a ver nada. Las rocas a sus ojos estaban vacías. La madre le preguntó:

Ana ¿quién es preciosa? Yo sólo veo los rayos del sol.

Las niñas no hablaron más en todo el camino a su casa

Al llegar y ayudar a su madre con las cosas del viaje, lo primero que hicieron fue correr a su cuarto y colgar todos los dibujos de ese precioso verano.

Los días transcurrían con normalidad, los padres de las niñas se creían que ya se les había olvidado todo, ya que desde su llegada no se había hablado más de ese tema.

Pero a la llegada casi de abril, las niñas ya empezaron a hacer sus planes y, día a día, preguntaban a sus padres cuánto faltaba para el verano.

Cristina, la más pequeña, le dijo a su padre:

Preguntamos porque echamos de menos los paseos por la playa, además, dijo la niña con voz tímida, el Ángel se encontrará tan sólo...

Aparte de sus padres nadie sabía esa historia, jamás se la contaron ni a su mejor amiga.

Ese año, al terminar el colegio estaban tan contentas; las notas las sacaron de lo mejor y corrieron a su casa, pues sabían que, en pocos días, emprenderían el viaje a su rincón preferido, donde el agua eran las lágrimas de un Ángel y las caracolas guardaban el canto de las sirenas.

Ana le preguntó esa noche a su padre mientras cenaban, que cuándo irían a la casita de verano.

Sus padres se miraron y él les dijo:

No sabemos si este año iremos.

¿Por qué? ¿Por qué?, gritaron las niñas desesperadas

llorando. Decían: hemos sacado buenas notas, nos portamos bien, obedecemos a mamita, la ayudamos en todo...

Las niñas, esa noche, se acostaron tristes; casi no pudieron dormir, no entendían el comportamiento de sus padres.

Cuando los padres vieron que las niñas por fin dormían, se sentaron con una taza de café y se miraron y comenzaron hablar de lo que sería mejor para sus hijas, si llevarlas a la playa y dejarlas soñar, o por lo contrario cortarles las alas de la imaginación para que maduraran.

La madre suspiró y dijo:

Andrés, creo que el soñar no es tan malo como que, a esta edad, les cortemos las alas sin haber empezado aún a volar.

El padre se quedó pensativo. Con una mirada de duda en sus ojos le preguntó a su mujer:

¿Tú crees que mis historias les han hecho daño? Yo sólo quería que ellas amaran al mar y lo que él nos da, lo que en su entorno hay, crece y vive.

Su mujer le acarició la mano y le dijo: jamás pienses eso. Me gusta la sensibilidad que has creado en sus corazones a lo que nos rodea, y que otras niñas no podrían comprender. Creo y sigo afirmando que el soñar es bueno.

Así, con esta conversación, el padre de Ana y Cris decidió volver ese verano de nuevo a la playa. A la mañana siguiente, las niñas, al enterarse, saltaban de alegría. Decían a gritos: ¡Biennnnn!, nos espera el Ángel, sus lágrimas saladas, sus cabellos de arena para peinar con nuestro rastrillo.

Ana dijo: ¿creéis que hablan las sirenas en las caracolas, verdad? Las niñas rieron y emprendieron el viaje, alegres, cantando; casi al llegar se quedaron dormidas, agotadas de la emoción y por el calor.

No se dieron cuenta de que su padre aparcó el coche y las dejó sólo por un instante, mientras abría la puerta de la casa y encendía las luces.

Casi dormidas las sacaron del coche a las dos y aun así dijo Ana: Mami, escucha, él sabe que hemos llegado y nos llama. El canto de las sirenas dice que las amigas del Ángel llegaron.

Es tarde, dijo su madre, venga, adentro, mañana será un día muy largo y lo que escucháis, hijas, son las olas que chocan contra las rocas. Las sirenas a estas horas, creo que estarán dormidas, como tendríais que estar vosotras.

Ana y Cris, sin rechistar, subieron a su cuarto y sin desnudarse se tiraron en la cama. Así se quedaron dormidas hasta que los primeros rayos de sol entraron por la ventana acariciando sus rostros.

Cristina se despertó antes y llamó a su hermana diciendo: ¡Ana, Ana! ya salió el sol. ¿Tu crees que la bañera está ya calentita?

Ana dijo:

Sí, creo que sí.

Se levantaron, sus padres aún dormían, sin hacer ruido para que no se enfadaran se fueron a la cocina, prepararon su desayuno y con su bañador puesto y sus cubos preparados, esperaron ansiosas que sus padres bajaran.

La primera en aparecer por la cocina fue la madre.

Ellas, sentadas en sus sillas, le sonrieron.

Su madre les dijo: ¿habéis desayunado y descansado bien?

Las niñas afirmaron que sí con un movimiento de cabeza.

La madre, cariñosamente les dijo:

¿Ya estáis preparadas?

Ellas contestaron: Sí mami, sólo esperamos que papi baje para ir a la playa.

La madre les guiñó un ojo y les dijo:

Creo que hoy no habrá paseo, hay que deshacer las maletas.

¡Jo mami, no es justo! dijeron las niñas. Todos nos esperan, más tarde lo haremos, te lo prometemos.

La madre subió los hombros como diciendo que lo sentía y, sin articular palabra, desapareció en las escaleras que subían a los dormitorios.

Ese día, aunque Ana y Cris protestaron, no consiguieron que las llevaran a su paseo. Entre caras largas y sin apenas hablar, las niñas empezaron con la tarea de deshacer las maletas.

De vez en cuando se asomaban a la ventana, para escuchar el sonido del mar romper en las rocas, y aspirar el olor que llegaba hasta ellas.

Cris decía a Ana:

Mira cómo huelen las lágrimas del Ángel.

Ana reía y le decía:

Se han perfumado para nosotras, mañana les tendremos que llevar un regalo.

Del jardín de su casa las niñas cortaron flores e hicieron unas guirnaldas que guardaron cuidadosamente hasta el día siguiente.

Ese día se les hizo largo. Al caer la noche y después de cenar, las niñas se retiraron a su cuarto y hablaron un buen rato, emocionadas por la excursión del próximo día.

Les rindió el sueño. Esa noche el viento soplaba más que otras noches, golpeaba los portalones de las ventanas y Ana se despertó, se asomó y vio que en la playa había destellos de luces que no provenían de los rayos de la luna ni de las estrellas: era una luz diferente.

Ana llamó a su hermana Cris para que lo viera. Cris le preguntó:

Ana ¿son luciérnagas?

Ana le contestó:

No sé qué es, pero en el mar ocurre algo. ¿Ves Cris?, nadie duerme, las sirenas no cantan, pero todo está como si fuera de día.

A la mañana siguiente volvieron, como de costumbre, a su paseo, más inquietas por llegar; querían saber qué pasó esa noche. Al llegar donde se solían poner, vieron que la arena estaba llena de huellas de pisadas que entraban y salían del mar. Preguntaron a su padre sobre esas pisadas, y el padre les dijo que serían de marineros que volverían de pescar; ellas se miraron y no quedaron convencidas.

Cuando su padre se puso a leer, las niñas le dijeron:

Padre, vamos a ir a dar una vuelta hasta las rocas.
Vale, él les afirmó con un movimiento de cabeza.
Las niñas, al llegar al sitio donde solían ver al Ángel, lo llamaron:
¡Ángel! anoche te escuchamos llorar y las sirenas no cantaban.
La joven salió de entre las rocas que formaban el acantilado.
Su túnica estaba sucia, mojada, rota; se había recogido sus
cabellos, su aspecto era de agotamiento.
Las niñas se quedaron extrañadas al ver el aspecto que lucía esa
mañana su Ángel.
Le preguntaron:
¿Qué te pasa?
La joven se sentó en la roca y les dijo:
Cris, Ana, mirad mi mirada, ¿qué veis? Las niñas después de
fijarse un rato le dijeron: Tu mirada es más azul, parece que el
mar se metió dentro de tus ojos.
Os diré, dijo la joven con voz triste:
esta noche ha sido muy dura para todos. Tuve que salir mar
adentro a recoger un naufragio.
¡Vaya! contestaron las niñas y... ¿dónde están las personas,
Ángel?
La joven les contestó: En el cofre de las aguas; las sirenas las
cuidan hasta que yo baje por ellas.
Y ¿qué harás tú con ellas? preguntó Ana.
Yo soy el Ángel guardián de las almas perdidas.
De nuevo Cris preguntó: ¿y por qué mis padres no te pueden ver?
La joven sonrió y contestó:
Cris, tus padres perdieron hace mucho su inocencia.
Las niñas se quedaron pensativas, la joven sabía cual sería la
próxima pregunta y se les anticipó. Tocando a las niñas por
primera vez les dijo:
Me veréis siempre que vuestro corazón tenga una parte de niñez,
de sensibilidad. El cielo os escogió.
En ese instante se levantó un viento y del mar salió una luz y
sumergió al Ángel.

Las niñas se miraron y, en ese momento, no entendieron lo que su joven amiga les había dicho, pero juntaron sus dedos y se hicieron una promesa: volver cada año a ese lugar.

Y al paso de los años, Ana se hizo escritora y en sus libros relataba las vivencias en esa playa de su niñez, y Cris se dedicó a navegar, Cris y Ana no olvidaron nunca su juramento de mantener su alma pura y, cada verano, solían caminar junto a su Ángel en la playa de su niñez.

FIN